

Cuadernos de difusión

Templo Mayor



Los mexicas y su cosmos

INAH

Asociación de Amigos del Templo Mayor

Instituto Nacional de Antropología e Historia
Director General: Roberto García Moll

Templo Mayor
Director: Eduardo Matos Moctezuma

Coordinación de Servicios al Público
Ma. del Carmen Cantón Sáinz

Departamento de Guías y Servicios Educativos
Magdalena Martín del Campo M.

Texto
Alfredo López Austin

Diseño y Realización
Ma. del Carmen Cantón
Fernando Félix

© Instituto Nacional de Antropología e Historia
Asociación de Amigos del Templo Mayor, A.C.

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México

El Altiplano Central de México tiene una larga historia. Hace, por lo menos 22,000 años penetraron en sus valles y sierras, en sus bosques y lagos, bandas de cazadores-recolectores que perseguían una fauna hoy extinta; 15 milenios más tarde el hombre empezó a cultivar las primeras plantas, iniciando paulatinamente su sedentarización. Hacia el año 700 antes de nuestra era, los agricultores, ya plenamente sedentarios, pudieron iniciar la erección de centros ceremoniales cuyos vestigios llegan a nuestros días, lugares en los que los aldeanos se congregaban para intercambiar sus productos, coordinar sus esfuerzos en obras agrícolas que exigían la participación colectiva, y adorar a sus dioses.

Después vinieron los siglos de intenso desarrollo, y para el año 200 de nuestra era una de las poblaciones de la cuenca lacustre empezó a adquirir las características de verdadera ciudad, para alcanzar cuatrocientos años después una población que se calcula en 85,000 habitantes. Pero Teotihuacan, como otros grandes centros de población de su época, se extinguió tras su largo periodo de esplendor, y de su antigua grandeza sólo quedaron ruinas. Nuevos hombres aparecieron en el Altiplano y se mezclaron con los pueblos agricultores, absorbiendo la milenaria tradición cultural de Mesoamérica.

La cosmovisión que ahora se describe perteneció a algunos de estos pueblos, los que hablaron lengua náhuatl, entre los que destacaron los últimos en arribar a la región lacustre y pantanosa sobre la que hoy se levanta la ciudad de México. Ellos legaron su nombre a la ciudad. Fueron los mexicas, hombres que al establecerse

en las islas, hacia el año de 1345, eran pobres cazadores, recolectores y pescadores de especies lacustres.

Como el resto de los nuevos pobladores del Altiplano, los nahuas fueron herederos de la visión del mundo de los antiguos habitantes de la cuenca, visión que enriquecerían con sus propias concepciones.

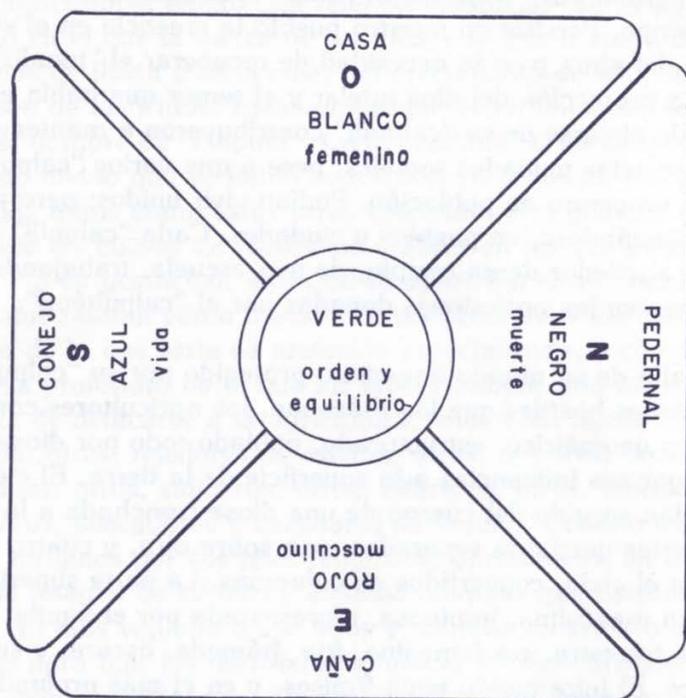
Los agricultores tenían una religión compleja, regida por un calendario en el que la fuerza de los dioses se manifestaba al ritmo de los periodos de lluvia y de sequía, del crecimiento de las plantas y de la aparición de los frutos. Estaban agrupados en unidades sociales que recibían el nombre de “calpulli”. Cada “calpulli” creía descender de un antepasado divino que se había convertido en protector del grupo. Cuentan los mitos como estos seres sobrenaturales guiaron a sus hijos, desde las cuevas de montañas madres en las que habían permanecido en gestación, antes de su aparición en el mundo. También nos relatan cómo donaron a sus protegidos los instrumentos de trabajo de la que sería su profesión especializada, y cómo les legaron esa profesión, de la que los dioses habían sido los inventores; así, aparte de dedicarse a la agricultura, unos eran tejedores de telas de algodón; otros, tejedores de esteras; otros, orfebres; otros, comerciantes; otros, salineros; otros, alfareros; otros, fabricantes de pulque; otros, pescadores y cazadores de lagos... Cuando los “calpulli” viajaban, dirigidos por sus jefes religiosos, portaban en un bulto sagrado la imagen de su dios y algunas reliquias que consideraban sagradas. El dios vigilaba a sus hijos y hablaba en secreto a los sacerdotes para fijar los derroteros e indicar el lugar preciso en el que el pueblo debía establecerse. Llegados a él, se producía un milagro que consagraba el sitio definitivo. El dios protector iba a morar a una montaña próxima o a un templo para proteger desde ahí a sus hijos, alejando las enfermedades, ahuyentando las fuerzas extrañas, enviando la lluvia e irradiando la fuerza necesaria para la generación.

Fuera del radio de dominio de su dios protector, de su “calpulli”, los hombres del “calpulli” estaban desprotegidos: o entraban en el

territorio de un dios ajeno, o llegaban a llanuras, barrancas o bosques habitados por los “ohuican chaneque”, “los dueños de los lugares peligrosos”, que cuidaban los manantiales, los ríos, los árboles y los animales silvestres. Estos seres podían atacar a los intrusos provocándoles un susto que hacía salir el alma “tonalli”. Capturaban el alma y la encerraban en la profundidad de la tierra. Si la víctima no la recuperaba por medio de un ritual específico, enfermaba y moría al poco tiempo. Persiste en nuestro pueblo la creencia en el susto, en la pérdida del alma y en la necesidad de recuperar el “tonalli” perdido. La protección del dios tutelar y el temor que había en todo individuo de alejarse de su “calpulli” contribuyeron a mantener la cohesión de estas unidades sociales, pese a que varios “calpulli” integrasen un centro de población. Podían vivir unidos; pero no se diluían, mezclándose, en pueblos y ciudades. Cada “calpulli” habitaba un barrio, alrededor de un templo, de una escuela, trabajando todos sus hombres en las profesiones donadas por el “calpultéotl”.

Más allá de su mundo inmediato protegido por su “calpultéotl” y de las regiones hostiles que los rodeaban, los agricultores concibieron un universo geométrico, estructurado, poblado todo por dioses que hacían llegar sus influencias a la superficie de la tierra. El cielo y la tierra habían surgido del cuerpo de una diosa tronchada a la mitad; sus dos partes quedaron separadas, una sobre otra, y cuatro dioses levantaban el cielo, convertidos en columnas. La parte superior, la celeste, era masculina, luminosa, representada por el águila. La inferior, la terrestre, era femenina, fría, húmeda, oscura, y su animal era el tigre. El inframundo tenía 9 pisos, y en el más profundo estaba el Mictlan, el mundo de los muertos. El cielo tenía 13 pisos, y estaba habitado en su parte superior por el Dios dual, Ometéotl, que gobernaba el universo. En los cuatro cielos inferiores, muy próximos a los hombres, estaban los dioses estrechamente vinculados a la agricultura: los señores de la lluvia, del rayo, del trueno, del viento y del granizo; la Luna, cuyas fases creían determinantes en los procesos agrícolas; el Sol, las estrellas y la diosa de la sal, también vinculada a

la agricultura por ser una diosa acuática. La diosa de la sal se situaba en el más alto de los cuatro cielos inferiores porque la superficie de la tierra era concebida como un gran plano circular rodeado por las aguas marinas. En sus bordes, el agua del mar se elevaba como una gran pared hasta el arranque de los 9 cielos superiores.

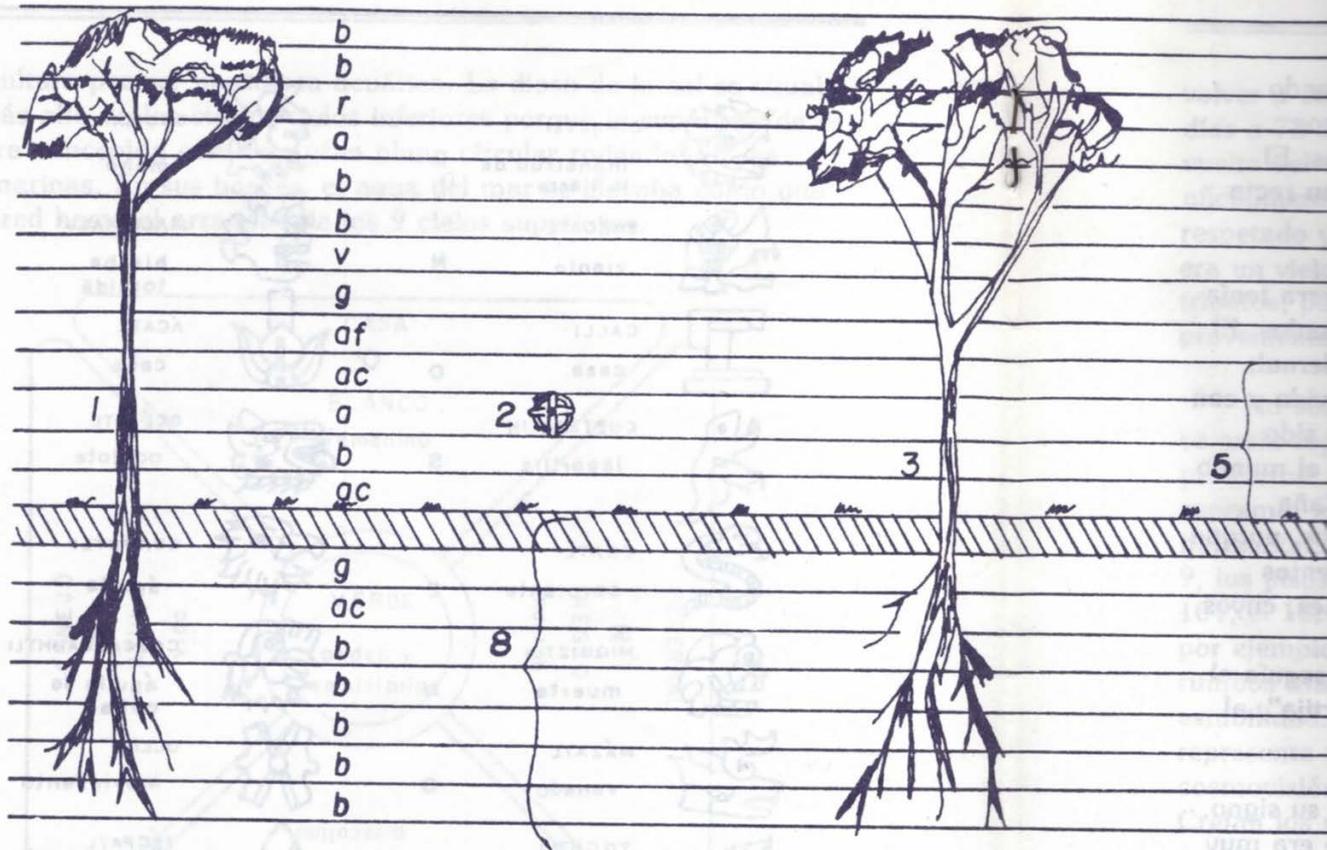


EL PLANO DEL MUNDO

Abajo, la superficie de la tierra se segmentaba en cuatro partes, como una flor de cuatro pétalos en cuyo centro había una cuenta de jade. El centro era la casa del dios viejo, el Dios del Fuego, padre y madre de los dioses. Las cuatro columnas que sostenían los cielos se representaban también como árboles sagrados a través de los cuales

	CIPACTLI monstruo de la tierra	E		OZOMATLI mono	O
	EHÉCATL viento	N		MALLINALLI hierba torcida	S
	CALLI casa	O		ÁCATL caña	E
	CUETZPALIN lagartija	S		OCÉLOTL ocelote	N
	CÓATL serpiente	E		CUAUHTLI águila	O
	MIQUIZTLI muerte	N		COZCACUAUHTLI águila de collar	S
	MÁZATL venado	O		OLLIN movimiento	E
	TOCHTLI conejo	S		TÉCPATL pedernal	N
	ATL agua	E		QUIÁHUITL lluvia	O
	ITZCUINTLI perro	N		XÓCHITL flor	S

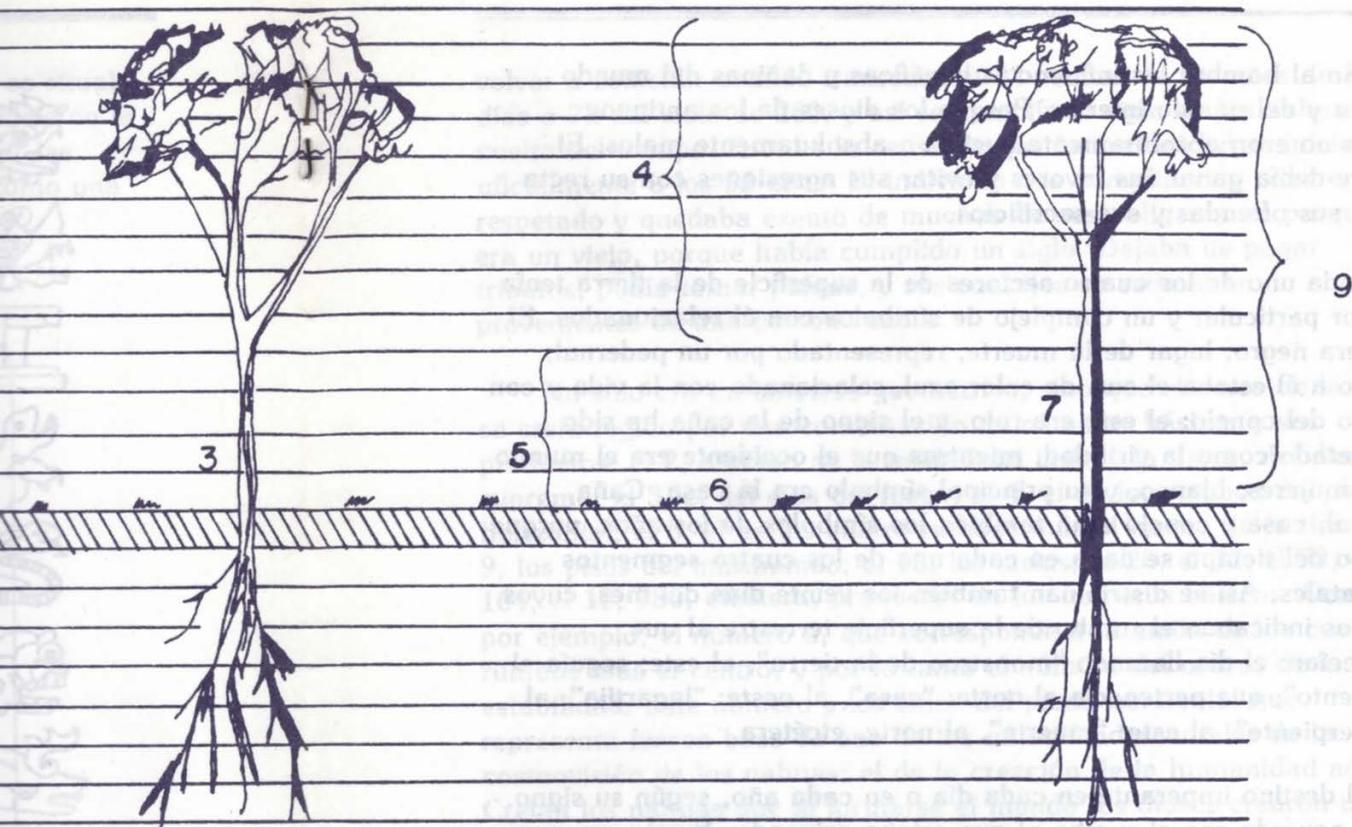
Los veinte signos del día del mes, con la indicación de los rumbos del plano terrestre de los que cada uno de ellos procedía.



LOS PISOS DEL COSMOS

1. Uno de los cuatro árboles de las esquinas del mundo.
2. El Sol en su camino, en el tercer piso del cielo bajo.
3. El árbol del centro del mundo.
4. Los nueve pisos del cielo bajo, sobre la superficie de la tierra.
5. Los cuatro pisos del cielo bajo, sobre la superficie de la tierra.
6. La superficie de la tierra.
7. Uno de los cuatro árboles de la esquina del mundo.
8. Los nueve pisos del inframundo.
9. El total, trece, de los pisos celestes.

LOS PISOS DEL COSMOS



...inas del mundo.

...el cielo bajo.

...la superficie de la tierra.

...e la superficie de la tierra.

...a del mundo.

b=blanco

g=gris

r=rojo

af=anaranjado café

ac=azul celeste

v=verdiazul

llegaban al hombre las influencias benéficas y dañinas del mundo superior y del mundo inferior. Porque los dioses de los antiguos nahuas no eran absolutamente buenos o absolutamente malos. El hombre debía ganar sus favores y evitar sus agresiones con su recta moral, sus ofrendas y sus sacrificios.

Cada uno de los cuatro sectores de la superficie de la tierra tenía un color particular y un complejo de símbolos con él relacionados. El norte era negro, lugar de la muerte, representado por un pedernal; opuesto a él estaba el sur, de color azul, relacionado con la vida y con el signo del conejo; el este era rojo, y el signo de la caña ha sido interpretado como la virilidad; mientras que el occidente era el mundo de las mujeres, blanco, y su principal símbolo era la casa. Caña, pedernal, casa y conejo eran también los símbolos de los años, porque el curso del tiempo se daba en cada uno de los cuatro segmentos horizontales. Así se distribuían también los veinte días del mes, cuyos símbolos indicaban el rumbo de la superficie terrestre al que pertenecían: el día llamado "monstruo de la tierra", al este; seguía el día "viento", que pertenecía al norte; "casa", al oeste; "lagartija", al sur; "serpiente", al este; "muerte", al norte, etcétera.

El destino imperante en cada día o en cada año, según su signo, iba de acuerdo con el rumbo al que estaba asignado. Y esto era muy importante para los antiguos nahuas, cuyos actos eran orientados por las cuentas de los destinos, manejadas por los sacerdotes "tonalpouhque", quienes juzgaban qué suerte correspondía a cada persona estudiando el conjunto de las distintas influencias divinas que se sumaban en cada momento del correr del tiempo. Para ello contaban con un complejo calendario que tenía como base dos cómputos diferentes: uno, de 365 días, que constituía el año agrícola y religioso, en el que se celebraban las fiestas más importantes, distribuidas en 18 meses de 20 días cada uno, más 5 complementarios. Otro, de 260 días, formados por la combinación de 20 signos y 13 numerales. Dos días de los distintos ciclos sólo podían

volver a coincidir cuando transcurrían 52 vueltas de los años de 365 días o 73 del ciclo de 260, y así se cumplía el siglo de los nahuas, la vuelta del tiempo. Esta es la causa de que la ancianidad se iniciara oficialmente a los 52 años. El individuo que cumplía esta edad era respetado y quedaba exento de muchas de sus obligaciones porque ya era un viejo, porque había cumplido un siglo. Dejaba de pagar tributos, podía tomar pulque, y sus consejos se estimaban provenientes de una persona sabia.

No sólo era un universo geométrico, sino que el curso de la vida se creía regido por una combinación de números básicos y sus productos: el 2, número de la unidad del cielo y la tierra, del dios supremo; el 3, el del dios del fuego; el 4, el de los rumbos del plano horizontal; el 5, el de los cuatro rumbos más el centro de la tierra; el 9, los pisos del inframundo; el 13, los cielos; el 20, el 52, el 73, el 104, el 18, 980, etcétera, productos de los números básicos. Veamos, por ejemplo, el número 5, que corresponde a la unión de los cuatro rumbos más el centro, y por lo tanto el número del orden, de la estabilidad. Este número y los sitios del plano horizontal que representa fueron base de uno de los mitos fundamentales de la cosmovisión de los nahuas: el de la creación de la humanidad actual. Creían los nahuas que al formarse el mundo los dioses crearon un sol que iluminara la superficie de la tierra, y el dominio celeste correspondió a un dios de la parte septentrional. Fue el Sol de Tierra. Pero su reinado llegó a un fin, pues la lucha entre los dioses provocó un cataclismo que destruyó a la especie humana que en él había vivido. Los hombres, que en esa época fueron gigantes, perecieron devorados por los tigres. Siguió en el turno un dios del oeste, y de igual manera surgieron la lucha, el desequilibrio y la destrucción, ahora por fuertes vientos, y los hombres de la época se convirtieron en monos. Así ocurrió en otras dos ocasiones, y sucesivamente concluyeron el Sol oriental de Fuego y el del sur, el Sol de Agua. Los hombres de estos dos periodos quedaron convertidos en aves al concluir el tercero, y en peces al perecer el cuarto. Por fin vino el

dominio del Quinto Sol, el del centro, que dio como origen a la especie humana que habita el mundo. Su cataclismo se esperaba en forma de temblores; pero era el Quinto Sol, el sol definitivo, el último, en el que vive el hombre verdadero, el ser que se alimenta del grano de maíz. No debe extrañar que en la cosmovisión de los nahuas el hombre se coloque en el punto más importante del universo, en el centro del plano horizontal y en el sitio donde se unen el cielo y la tierra. Así se ha concebido el hombre en distintas cosmovisiones, como el ser en el que confluyen todas las fuerzas del cosmos, el ser que participa de elementos terrenales y divinos.

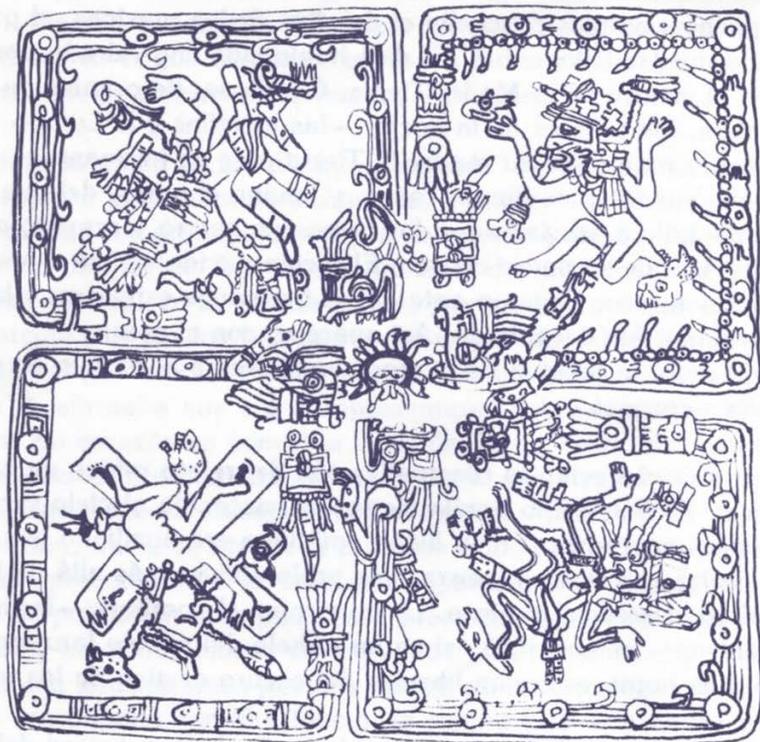
Sobre la unión de los distintos “calpulli” se había establecido un fuerte aparato gubernamental integrado por los “pipiltin”, los nobles, que ocupaban los principales cargos de mando y se mantenían de la tributación del pueblo. Los dioses tutelares de cada “calpulli” quedaban sujetos, en la misma forma, por un dios patrono superior que protegía a todos los habitantes del centro de población. Esto hacía que el gobierno supremo recayera en un “tlatoni” —un rey—, del que se afirmaba que era el representante sobre la tierra del dios patrono. Su corazón se concebía lleno del fuego divino del numen, y su naturaleza sobre-humana era tan grande que a muchos de estos señores, entre ellos Motecuhzoma Xocoyotzin, “tlatoni” de Tenochtitlan, nadie se atrevía a mirarlos a los ojos. En los inestables siglos que precedieron a la conquista española, los nobles de los centros de población más poderosos pretendían aumentar sus dominios y las tributaciones de artesanos y campesinos. Su ambición hegemónica lanzaba unos pueblos contra otros, y el costo de las guerras era pagado con el esfuerzo, la sangre y la vida de los plebeyos o “macehualtin”. Era necesario convencer al pueblo de las ventajas de la guerra, y para cumplir este propósito la cosmovisión adquirió una importancia de primer orden: se fomentó una mística guerrera y religiosa, se hizo de los conquistadores héroes que mantenían el equilibrio cósmico, y se prometió una vida ultraterrena de gloria a quienes cayeron en combate. El mito del Quinto Sol y la amenaza de

su futuro cataclismo sirvió a los fines de la nobleza: el Sol debía ser mantenido vigoroso sobre el firmamento para que la especie humana no pereciera. La guerra era el medio por el que se obtenía el alimento divino: la sangre y los corazones de los enemigos capturados en combate. Los ejércitos victoriosos se convertían así en los salvadores de la humanidad, ya que con su esfuerzo nutrían al Quinto Sol. El astro fue concebido también como un gran guerrero. Entre los mitos de los pueblos nahuas descuella el del dios de los mexicas, el pueblo protegido por Huitzilopochtli. El dios había sido engendrado por el Cielo en el vientre de la Madre Tierra, Coatlicue. Pero antes de que el Sol naciera, los señores de la noche —las estrellas y la Luna— fraguaron la muerte de su madre la Tierra y de su hermano en gestación. Sus intentos fueron vanos, y advino el parto, del que surgió Huitzilopochtli ya ataviado con los arreos de guerra y armado con la serpiente azul de su padre celeste. El recién nacido venció a los poderes nocturnos. Cayeron ante él sus hermanos estelares, y la Luna, Coyolxauhqui, fue decapitada. Así aparece, con el cuerpo desmembrado, la imagen de la diosa lunar frente al templo de su hermano victorioso.

Los mexicas veían la reactualización del relato mítico en cada amanecer. El Sol, como águila victoriosa, ascendía al cielo venciendo a los astros nocturnos. En su lucha cotidiana era auxiliado por las almas de los muertos en guerra, que prolongaban más allá de la vida terrenal su existencia gloriosa. La muerte en el combate —la muerte de obsidiana— se convirtió así en un anhelo del pueblo lanzado a la guerra. Los hombres creían librarse del oscuro destino de los muertos.

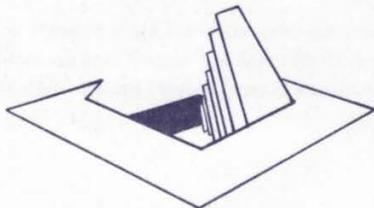
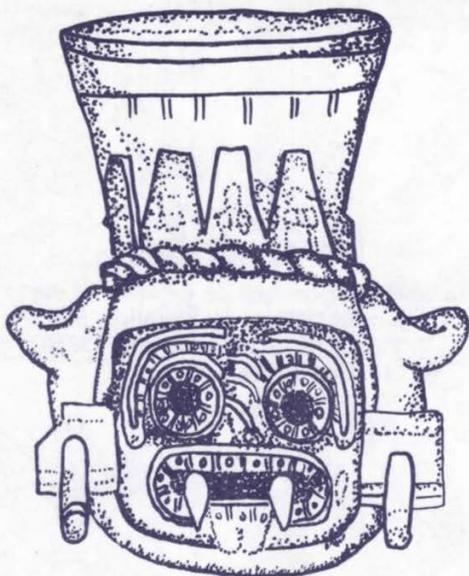
El grupo en el poder se había adueñado de la voluntad del pueblo a través de la fe, del conocimiento de un ritual agrícola-religioso complejo, del manejo de los calendarios y de la interpretación de los mitos. El campesino dependía de las fiestas para cultivar su parcela. Estaba convencido de que, sin la intervención de los sacerdotes, los dioses de la lluvia no nutrirían sus sementeras; que sin el auxilio de

los lectores de los libros de los destinos su vida estaría a merced de las agresiones de los dioses; que el curso del mundo se detendría sin los corazones de los sacrificados. Debía confiar en sus gobernantes, y costear con su sudor y su sangre una vida de lujo nobiliario muy distinta a la suya.



Los cuatro rumbos y los símbolos de los días que surgen de cada uno de ellos. Del poniente (sector inferior derecho) llegan las fuerzas de los cuatro signos en los que bajaban las diosas cihuateo: águila, lluvia, casa, mono y venado. Códice Borgia, lam.72.

Esta edición se terminó de imprimir el día
3 de mayo de 1989 en Multigráfica, S.A.
de C.V. Popocatépetl 415, México, 03340,
D.F. Tiro: 5,000 ejemplares.



Asociación de Amigos del Museo del Templo Mayor, A.C.